

En estos relatos, **García Lao** expone, con toques teatrales, las dobleces que nos hacen más humanos

Cuentos que son como escenarios

por **ADRIANA BERTORELLI** En esta colección de cuentos, Fernanda García Lao (Mendoza, Argentina, 1966) despliega un inventario de íntimas puestas en escena. Cada historia se percibe como una obra de microteatro en donde una mínima plantilla de actores entra en contacto directísimo con un público tan próximo que el sudor rebota de unos cuerpos a otros, confundiendo los olores. Donde las respiraciones no saben a quién pertenecen o qué órgano respira, late o llora. Este libro es una sala en carne

Estas memorias ficticias de **Eduardo Riestra** son un sentido y desternillante homenaje a Vargas Llosa

Vida y oficio del editor canibal

por **XAVIER CARBONELL** Como en el cuento de Giardinelli sobre la falsa novela de Borges, todo lector tiene la tentación de rescribir el libro que le cambió la vida. Aún más: quien admira desea suplantar, no por envidia sino por veneración, al artífice. A medida que Vargas Llosa se ha vuelto una criatura mitológica e irreal, como lo fue antaño Borges, los lectores han dado por sentado que sus novelas ya no le pertenecen. Quizás, como decía el ciego, porque «lo bueno ya no es de nadie, sino del lenguaje o la tradición».

viva donde la autora se esconde y se revela, regodeándose en lo que no se nombra. García Lao se convierte en todos los cuerpos que escribe como una sutura abierta. Como si en vez de escribirlos los actuara.

Poeta, aforista, y juntadora de palabras aparentemente irreconciliables, la autora, también actriz y dramaturga, habla con sus voces sobre el vacío de una madre en trance de morir con tres hijas perdidas en medio del hueco del pecho. Habla sobre una chica anónima que alquila su cuerpo para convertirse en el recipiente de un bebé que nunca será su hijo. Habla sobre insectos que besan y flores que odian, sobre almas rotas que no saben qué hacer con los pedazos o sobre cuerpos que se van rompiendo ante nuestros ojos.

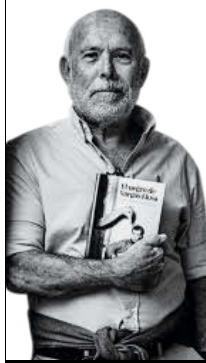
De García Lao sorprende desde dónde decide fijar la mirada, en fractales, como observando a través del ojo de una mosca. Su discurso es poético y profundamente político. Y des-

Eduardo Riestra (A Coruña, 1957), que en Ediciones del Viento, el sello que fundó hace veinte años, ha publicado la mejor literatura de viajes de cualquier lengua, reclama su parte de la herencia con *El negro de Vargas Llosa*, su primera novela. El protagonista, un oscuro «editor de provincias», se ve ante una situación insólita: forzar los límites del oficio hasta completar un libro del Nobel peruano, que acude a él presa de la angustia y el bloqueo creativo. Llamadas telefónicas de un rincón a otro del mundo, amenazas, indiscreciones y sobornos para que revele el manuscrito, cocteles con editoras bellas y letales –Pilar Reyes es una chica Bond en el libro– e intervenciones apócrifas de Vargas Llosa van tramando un ambiente policial, paranoico, y al mismo tiempo desternillante.

Pero lo mejor está detrás de la broma y los tragos en Guadalajara y La Habana. Aunque lo disimule a través de la ficción –como el Cabrera Infante de *Cuer-*



FERNANDA GARCÍA LAO
TEORÍA DEL TACTO
Candaya. 128 páginas. 16 €



EDUARDO RIESTRA
EL NEGRO DE VARGAS LLOSA
Pepitas de Calabaza. 232 páginas. 20,50 €

de ese lugar casi oracular, con un velado sentido del humor expone las dobleces que nos hacen más humanos y muestra la humanidad inconfesable de los monstruos. Sus personajes son vidrios astillados buscando cómo recomponerse, estirando los límites de la realidad con una pulsión que termina de borrar la casi invisible línea que separa lo posible de lo fantástico.

Y, como en el teatro, cada acto físico esconde un motivo psicológico que impulsa la acción. Y cada acción encierra un objetivo, un fin último incómodo, urticante, a veces feroz: «El nene come mientras yo, entre cucharadas, escribo. Escribo y lo alimento. Que no se me confunda la prosa con la papilla. Mastica despacio para que yo pueda meter otra oración».

Cada cuento tiene encerrado un enigma y eso no permite relajar el músculo, y nos deja con frases tan hermosas como: «Tu cuerpo será pimienta **L** negra en mi boca».

pos divinos–, Riestra entrega unas memorias. Peculiares, sin duda, pero memorias al fin. Un ajuste de cuentas con el joven que llegó a Madrid en 1980 a bordo del *transiberiano* que partía de A Coruña. «Jugábamos al ajedrez y al billar, en los pubs escuchábamos a Pink Floyd y fumábamos hierbas medicinales... Pero creo que había mucha voluntad y mucha mentira», dice, al describir el giro drástico que llevó a sus contemporáneos a cambiar a Salgari, Tintín y Guillermo Brown por Sartre, Camus y Yevtushenko.

El resultado es tan compacto que cabe en el bolsillo: «Palabras necias o fútiles o blasfemas o ingeniosas, una lluvia fina de tildes, puntos, comas, comillas, guiones y rayas. Resmas de papel que van siendo dobladas tres o cuatro veces para formar cuadernillos, que, unos tras otros se cosen, y el mazo que forman es cubierto con una cartulina de vivos colores, que lo abrazará para siempre y donde se podrá leer: **L** Mario Vargas Llosa».